

www.zaragozalprovincia.es y www.zaragozasefarad.es

© De la presente edición: Patronato de Turismo de la Diputación Provincial de Zaragoza

© De los textos: Laberinto de las Artes y Cati Wajs

© De las ilustraciones: Lafarga Estudio

Idea original, realización técnica, diseño y preimpresión: Laberinto de las Artes

Impresión: Calidad Gráfica Araconsa

Depósito legal: Z-2688-2011

Impreso en España-Unión Europea



Jugando a Sefarad

Cuento-guía para descubrir el pasado judío
de la provincia de Zaragoza



Hola. Mi nombre es Yaacov.

Suena extraño, ¿verdad? Supongo que no será lo único que te parecerá extraño de mí porque, si te fijas bien, mi vestimenta tampoco es como la tuya. Y es que en realidad yo nací hace muchos, muchos años, más de quinientos, en una pequeña población no muy lejana de Zaragoza. Nací en el seno de una familia judía, lo que explica mi nombre y mis ropas; como te imaginarás, nuestras costumbres y nuestra forma de vida eran muy diferentes a las actuales así que, si te apetece, te invito a sumergirte en mi mundo y convertirte, durante un rato, en un judío de la Edad Media. ¿Te animas? Sólo tienes que pasar la página...

El alfabeto hebreo no es como el vuestro.
Por ejemplo, Yaacov, en hebreo, se
escribe así:

יעקב

¿Quieres probar a escribirlo tú?



Este es mi barrio: la judería.

Aunque así, en el plano, pueda parecerte un lío de calles, callejuelas y callejas, en cuanto te explique los motivos por los que es así y sus edificios más importantes, verás que no es tan complicado. En la judería, todas las casas judías se levantan unas al lado de las otras, en una misma calle si son pocas, o formando barrios enteros si la población judía es más amplia. Solemos construir nuestras casas cerca del castillo o la fortaleza para poder refugiarnos allí rápidamente en el caso de ser atacados, algo bastante frecuente en la Edad Media. Por este mismo motivo, solemos rodear las juderías de altas murallas para separarlas del resto de la población, con la que se comunican a través de grandes puertas.



La provincia de Zaragoza conserva todavía restos de sus antiguas juderías. Anímate a recorrerlas, ¡te sorprenderás!
Si lo que te apetece es ver castillos y murallas, no dejes de visitar Borja, Daroca, Calatayud y Uncastillo.

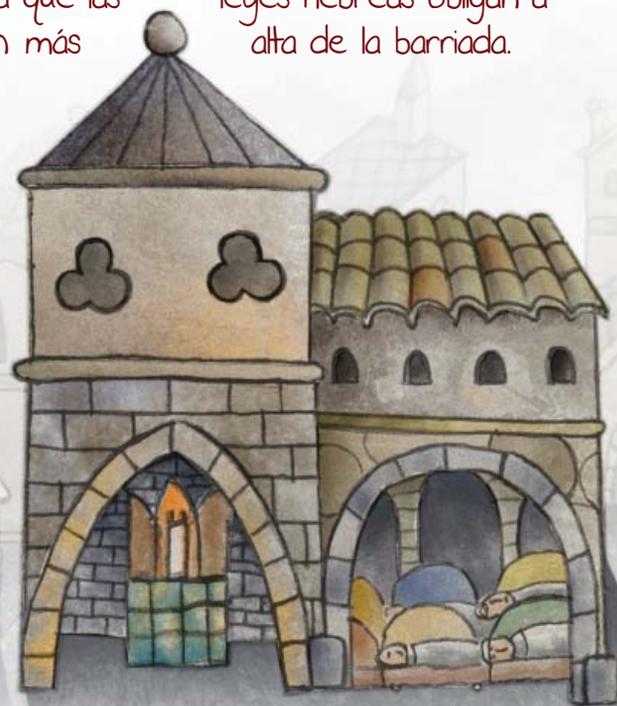
Si echas otro vistazo rápido al plano, verás que sus calles y callejuelas son estrechas y sinuosas, en muchos casos con callejones sin salida, formando un verdadero laberinto. Esta disposición resulta también muy útil en caso de ataque, pero el verdadero motivo es que las juderías disponen de muy poco espacio dentro de las poblaciones y hemos de aprovecharlo bien para construir suficientes casas. Como te he dicho antes, todas las juderías tienen una serie de edificaciones importantes que son comunes, ya que sin ellas no se podría desarrollar la vida de la comunidad tal y como marcan las **taqqanot**, que son los estatutos judíos que regulan la vida en colectividad.



Cuando pasees por las antiguas juderías de Tarazona, Biel o Sos del Rey Católico, ten cuidado de no perderte; son verdaderos laberintos llenos de calles y callejas, alguna de las cuales... ¡no tiene salida!

El edificio principal de todas las juderías es siempre la sinagoga, donde los varones de la comunidad se reúnen a rezar tres veces al día. La asistencia sólo es obligatoria los sábados, ya que entre semana pueden, si prefieren, rezar en casa. Para el rezo en comunidad en la sinagoga, es necesario que haya como mínimo diez varones adultos; si el número es menor, no puede comenzar el rezo. Las mujeres no tienen obligación de acudir al templo, pero saben que en el caso de acudir no pueden sentarse junto a los hombres sino que tienen un espacio especialmente reservado para ellas, así como una puerta de acceso propia. La sinagoga es el centro de culto, el edificio más importante de toda la judería y, casi siempre, el de mayor tamaño; en él también se celebran las asambleas de la comunidad y se imparten clases de conocimientos bíblicos. Encontrar la sinagoga siempre es muy fácil, ya que las leyes hebreas obligan a que destaque entre todos los edificios y es, siempre, la edificación más alta de la barriada.

En las juderías más grandes también hay siempre un hospital. A diferencia de los hospitales que conoces, en los que los médicos tratan a los enfermos, en las juderías medievales los hospitales son un lugar de acogida al que acuden los judíos más pobres o aquellos que han llegado a la judería desde otras ciudades y no tienen donde alojarse; cuando alguno de nosotros cae enfermo lo más habitual es que el médico venga a visitarnos a casa. Como verás en el plano, el hospital suele estar cerca de la sinagoga, muchas veces prácticamente pegado a la misma.



Calatayud tuvo ¡siete sinagogas!
La iglesia de la Consolación se construyó sobre una de ellas y todavía conserva las dos puertas de acceso, una para hombres y otra para mujeres. Las puertas se reconocen fácilmente, ya que tienen forma de arco apuntado.

En la provincia de Zaragoza, todas las juderías de las poblaciones importantes tenían junto a la sinagoga un hospital y unos baños. Además, solían contar con una carnicería y una tienda en las que se dispensaban los productos *casher*, que son los alimentos que pueden comer los judíos porque cumplen las prescripciones alimentarias que marca la Biblia.

Muchas juderías tenían también un horno propio, ya que durante la festividad de *Pésaj* los judíos comen *matsá*, un pan sin nada de levadura, y sólo teniendo horno propio pueden asegurarse de que así sea.

En la Edad Media ninguna casa humilde dispone de baño propio, y tampoco es común que las juderías dispongan de un baño público de uso exclusivo para sus habitantes. Por eso, para asearnos, debemos acudir a los baños públicos de la ciudad, que compartimos con el resto de sus habitantes, tanto musulmanes como cristianos. Pero lo que sí tenemos en todas las juderías es un baño ritual al que nosotros llamamos *miqweh*. También suele levantarse justo al lado de la sinagoga y es reducido, ya que el estanque de agua que debe albergar no ha de ser muy grande, aunque sí muy profundo. Entre nosotros solemos llamar a este baño 'el baño de las judías' porque en realidad es empleado prácticamente sólo por mujeres. Siguiendo las normas judías, las mujeres deben bañarse en él para purificarse antes de casarse, después de dar a luz, antes de cada sábado y de cada fiesta importante.

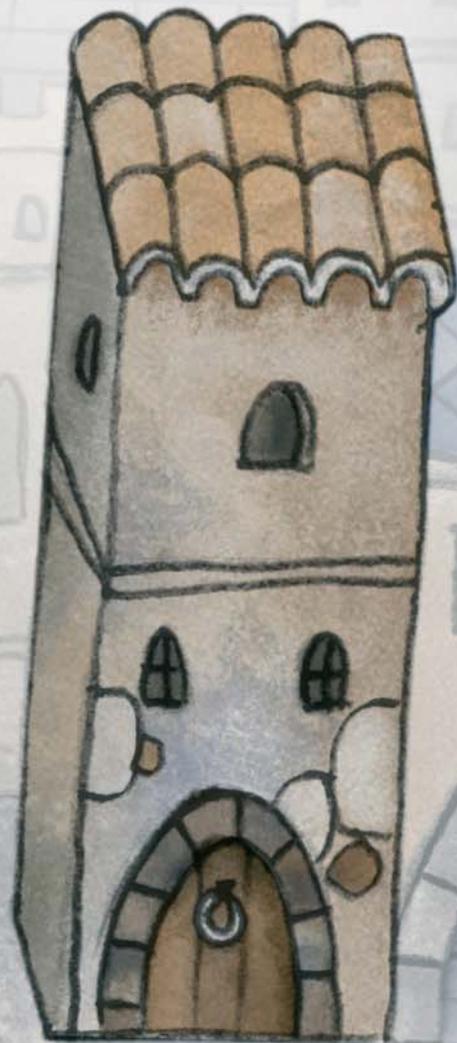
Vaya, que entre una cosa y otra pasan sumergidas un montón de horas, o eso me parece a mí...



¡Mira! Esta es mi casa.

Si te fijas otra vez en el plano, seguro que la encuentras. Verás que no es de las más grandes, pero tampoco tan pequeña como otras. ¿Has visto qué pequeñas son las puertas y las ventanas? Es para que no entren el frío, la lluvia y el viento en invierno. Ven, acércate, echa un vistazo al interior...

Para evitar fisgoneos del vecino y asegurarse de que las viviendas tuvieran algo de luz, una ley rabínica obliga a una separación mínima entre fachadas de cuatro codos (un codo=distancia entre el codo y el final de la mano abierta); la calle Judería de Tarazona se construyó cumpliendo este canon, por lo que si un adulto se coloca en medio de la calle y extiende ambos brazos, podrá abarcar toda la anchura de la vía.





En muchas ocasiones, las casas sirven tanto de vivienda como de lugar de trabajo, y así ocurre en la mía. En el piso de arriba vivimos mis padres, mi abuelo, mis cuatro hermanos y yo.

En el piso de abajo mi padre tiene su taller de costura; cose ropa para todos los habitantes de la judería. Se llama Josef que, al igual que el mío, también es un nombre bíblico, y su apellido es Jayat, que en hebreo significa sastre. Su apellido hace referencia a su profesión, y así se distingue de los otros Josefs de la judería.



Lo que ves en el lado derecho del marco de la puerta es una **mezuzá**, una pequeña cajita que contiene un pergamino en el que hay escritos unos versículos de la Biblia que proclaman la grandeza de Dios. Cada vez que entramos o salimos de casa, debemos rozar la **mezuzá** con nuestra mano y pronunciar un breve rezo.

En algunas casas de las antiguas juderías de El Frago y Sos del Rey Católico todavía pueden verse los pequeños huecos tallados en los marcos de las puertas en los que se guardaba la **mezuzá**. Una cruz tallada sobre el hueco significa que su propietario, judío de origen, acabó por convertirse al cristianismo.



Ya te he dicho antes que mi padre es sastre; mira qué bonito traje me ha cosido. Hasta hace poco, como aún era pequeño, solía llevar una saya que me llegaba sólo hasta las rodillas, pero este traje nuevo, largo hasta los tobillos, ya se parece más al que usan los adultos. La verdad es que me va un pelin grande todavía, pero no pasa nada porque con el cordón me lo ajusto bien a la cintura y voy muy cómodo. Lo que más me gusta son los botones que tiene para cerrar la saya en las muñecas. Es un traje tan largo y amplio como los que mi padre cose para las familias ricas, y como es tan bonito y elegante lo podré usar perfectamente cuando le acompañe a rezar a la sinagoga.

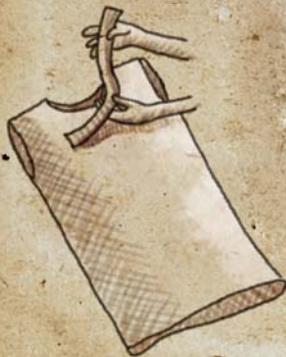
¿Te gustaría tener un traje como el mío?

Aquí tienes las instrucciones para hacerte uno de forma muy sencilla. ¡Ánimo, es muy fácil!



4. Recorta figuras geométricas de colores (también puedes usar pegatinas)

1, 2 y 3. En una bolsa más o menos grande (puede ser de basura o de las que venden para hacer manualidades) recorta tres agujeros, uno para la cabeza y otros dos para meter los brazos.



5. Decora el cuello y la parte baja con una cinta de color (cinta aislante, puede servir)



6 y 7. Decora la cinta con los recortes o las pegatinas de colores



8. Anuda una cuerda a la cintura a modo de cinturón



Todas las madrugadas, el encargado de la sinagoga, el **shamash**, recorre las calles golpeando suavemente puertas y ventanas para llamar a los hombres mayores de trece años al rezo matutino.

Como yo aún soy pequeño todavía no puedo ir, pero desde que tenía cinco años acompañó a veces a mi padre a la sinagoga y allí he aprendido a leer y a escribir en hebreo, la lengua de la Biblia. Cuando cumpla los trece años seré ya un hombre y podré acompañarle todos los días.

Cuando mi padre vuelve de la sinagoga, mi madre ya tiene preparado el desayuno para toda la familia. Después, mi padre se va a su taller y los niños nos quedamos en casa con mi madre. Mientras mis hermanos pequeños juegan, mi madre nos enseña a los mayores religión y las normas de la buena educación. Después realiza las tareas domésticas con mis hermanas, que así aprenden cómo organizar una casa. Mi madre también es la encargada de cuidar de mi anciano abuelo, que vive con nosotros. Como ves, ¡está muy ocupada!





Cuando comienza a oscurecer, mi padre sube de su taller y todos le recibimos con alegría. Es el mejor momento del día. Aunque está muy cansado, siempre encuentra las fuerzas y el tiempo para jugar con nosotros. Jugamos a juegos de dados y nos enseña ajedrez a los mayores. Mis padres siempre dicen que los hijos son la felicidad de la familia; tal vez por eso han tenido muchos hijos, para ser muy, muy felices, a pesar de que a veces somos muy revoltosos.

Cuando mi madre anuncia que la cena está servida, todos nos sentamos alrededor de la mesa. ¿Quieres saber qué comemos? A pesar de que han pasado tantos años, nuestros alimentos se parecen mucho a los tuyos: como la carne de vaca es muy cara, generalmente cenamos ave o pescado, pero nunca cerdo, ya que nuestras normas nos lo prohíben. Para acompañar el plato principal, verduras y fruta. En la Edad Media no tenemos tantos utensilios como vosotros sobre la mesa. No existen cucharas, tenedores ni platos. Tenemos, eso sí, cuchillos, pero los niños pequeños no podemos usarlos. El caldo lo bebemos directamente de un cuenco o escudilla, y los alimentos sólidos los cogemos con los dedos o los colocamos sobre una rodaja de pan para comérmolos.

Hoy es viernes, un día mágico en la judería.

Las mujeres van de acá para allá, comprando, limpiando y cocinando afanosamente, mientras los niños ayudamos en las tareas de la casa. Los hombres también trabajan más rápido que el resto de la semana. Todos en la judería nos damos mucha prisa porque mañana es sábado, **Shabat**, el día sagrado de los judíos.

En la Biblia está escrito que Dios creó el mundo en seis días, y el séptimo, el Shabat, descansó. Así los judíos también descansamos el Sábado. No podemos cocinar, limpiar, ni siquiera encender la lumbre. Todo hay que hacerlo la víspera. El Shabat lo dedicamos a estar en familia, y los mayores, a rezar y a estudiar la Biblia. Sólo podemos alterar el día de descanso si es para curar a un enfermo o para salvar una vida humana.

El Shabat comienza el viernes por la noche, cuando aparecen las primeras tres estrellas en el cielo. A esa hora ya estamos todos aseados y vestidos con nuestras mejores ropas. Mi madre enciende los candiles y pronuncia una bendición, y mi padre bendice a los hijos poniendo sus manos en nuestras cabezas y rezando una plegaria. Así recibimos el Shabat. Luego cenamos una cena especialmente festiva y la acompañamos de un pan trenzado riquísimo que hace mi madre y que se llama **Jalá**.

Receta de jalá

Ingredientes: 2 huevos, 50 gr de levadura, 1 kg de harina, 6 cucharadas de aceite, 1 cucharada de sal, 4 cucharadas de azúcar, 2 tazas de agua tibia, sésamo para decorar.

1. Mezclamos la harina, la sal y el azúcar en un cuenco. Después añadimos 1 huevo y el aceite. Disolvemos la levadura en el agua tibia, con un poquito de azúcar, y la vamos agregando a la masa según la vaya necesitando.

2. Amasamos hasta que se forme una masa uniforme y la dejamos reposar durante 1 hora envuelta en un trapo.



3. Una vez reposada, volvemos a amasar y formamos 3 'cilindros' alargados.

4. Unimos los 3 'cilindros' por uno de sus extremos y los trenzamos.



5. Una vez formado el pan, batimos la yema del huevo que queda, la mezclamos con un poquito de agua y la untamos sobre el pan. Después, echamos por encima los granitos de sésamo.



6. Dejamos reposar durante unos 30 minutos y después hornearmos a temperatura alta entre 20 y 30 minutos.

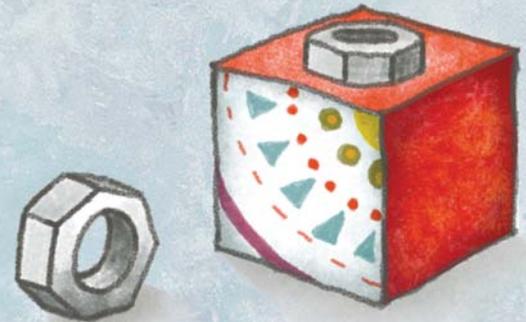
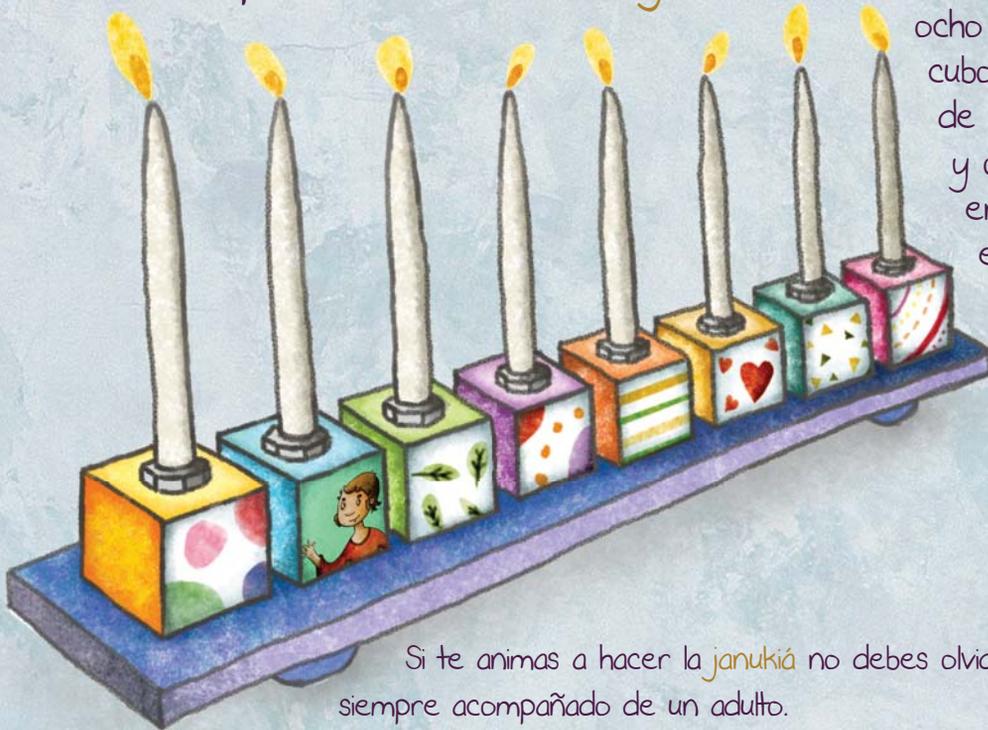
El sábado por la mañana, mi padre, por supuesto, no va a trabajar, así que cuando regresa de la sinagoga jugamos y reímos hasta la hora de comer. Dado que en **Shabat** no podemos encender fuego, te preguntarás cómo conseguimos comer caliente. Pues con un pequeño truco: conservando la lumbre encendida desde el viernes. Ese día, en todas las casas judías se prepara el **Hamin**, un guiso de carne, garbanzos, verduras, huevos y especias. El **hamin** se va cocinando lentamente hasta el mediodía del **Shabat** y, cuando llega la hora de comer, está delicioso... ¡y caliente! Cuando por la noche aparecen de nuevo las tres primeras estrellas, despedimos el **Shabat** hasta la siguiente semana.

Además del **Shabat**, el calendario judío tiene muchas fiestas y muchas celebraciones, ya que nuestro pueblo tiene una historia de más de 3500 años. De todas las fiestas que celebramos, la que más me gusta es **Januca**, que es una fiesta muy alegre porque conmemora un acontecimiento histórico con final feliz para mi pueblo. ¿Quieres saber cuál? Sigue leyendo...

En **Januca**, o **Fiesta de las Luces**, celebramos la victoria de los macabeos sobre las tropas seléucidas en el siglo II a.C. Cuando el rey seléucida Antíoco VI Epífanos entró junto a sus hombres en el Gran Templo de Jerusalén, mandó construir un monumento pagano con un gran altar en su interior. Tiempo después, Judas Macabeo, jefe de los macabeos, derrotó al rey Antíoco y mandó construir un nuevo altar que sustituyera al pagano. Como los seléucidas habían vaciado todas las vasijas de aceite en su retirada, cuando los judíos buscaron aceite para poder iluminar el nuevo altar únicamente encontraron una pequeña vasija de aceite de oliva. Y ahora viene lo mejor, el milagro de **Januca**: como la cantidad de aceite que contenía la vasija era muy pequeña, todos pensaron que, como mucho, podría iluminar el altar durante un día. Sin embargo, la magia de Dios hizo que la llama se mantuviera prendida durante... ¡ocho días!

Desde entonces, año tras año, en invierno, en todas las casas judías encendemos durante ocho días lamparillas de aceite en recuerdo de los ocho días en los que, milagrosamente, se mantuvo encendido el fuego en el gran altar del Templo de Jerusalén. Empleamos un candelabro de ocho brazos, una *janukiá*, en la que se pueden encender las ocho llamas. No encendemos todas de vez, sino que el primer día se enciende una, el segundo, dos, el tercero, tres, y así, hasta llegar al octavo día, en que las llamas de los ocho brazos de la *janukiá* lucen juntas. Supongo que ahora ya entenderás porque *Januca* se llama también la Fiesta de las Luces, ¿no?

Si te apetece tener una *janukiá* en tu casa para poder encender en ella las ocho luces de *Januca* sólo necesitas ocho cubos (de madera, de barro, de plastilina o de cualquier otro material que se te ocurra) y ocho tuercas no muy grandes en las que encajen bien las velas. Luego sólo queda echarle imaginación a la decoración...



Si te animas a hacer la *janukiá* no debes olvidar que para encender las velas tienes que estar siempre acompañado de un adulto.

Además de por la tradición de la Janukiá, esta fiesta me gusta porque, cuando llega, mis hermanos y yo recibimos el mejor de los regalos: una peonza de Januca. Jugar con ella es muy divertido, y su historia es muy interesante: cuenta la gente que mientras mi pueblo estuvo bajo el mandato de Antioco, antes de ser liberado por Judas y los macabeos, los soldados seléucidas no dejaban a los judíos estudiar la Biblia; como es una obligación sagrada, los hombres judíos tuvieron que estudiar a escondidas reunidos en pequeños grupos. Cuando se acercaban los soldados, escondían rápidamente sus libros y sacaban una peonza para disimular, haciendo creer que estaban jugando con ella. Nosotros, en recuerdo de aquello, seguimos jugando con la peonza, que también es una forma de mantener vivas nuestras costumbres.

La verdad es que no tengo ni idea de cómo se decoraba entonces la peonza, pero ahora pintamos en cada uno de los cuatro lados una letra hebrea: la letra Nun (נ), la letra Guimel (ג), la letra Hei (ה) y la letra Shin (ש). Con estas cuatro letras empiezan las cuatro palabras que forman la frase hebrea: *Nes Gadol Hayá Sham*, que significa "un gran milagro ocurrió allí". Así que, jugando como lo hacían los macabeos, cada vez que hacemos girar la peonza estamos recordando el gran milagro de Januka.

¿Quieres jugar con tu propia peonza de Januka?

¡Pues copia la plantilla que aparece en la siguiente página y sigue las instrucciones.

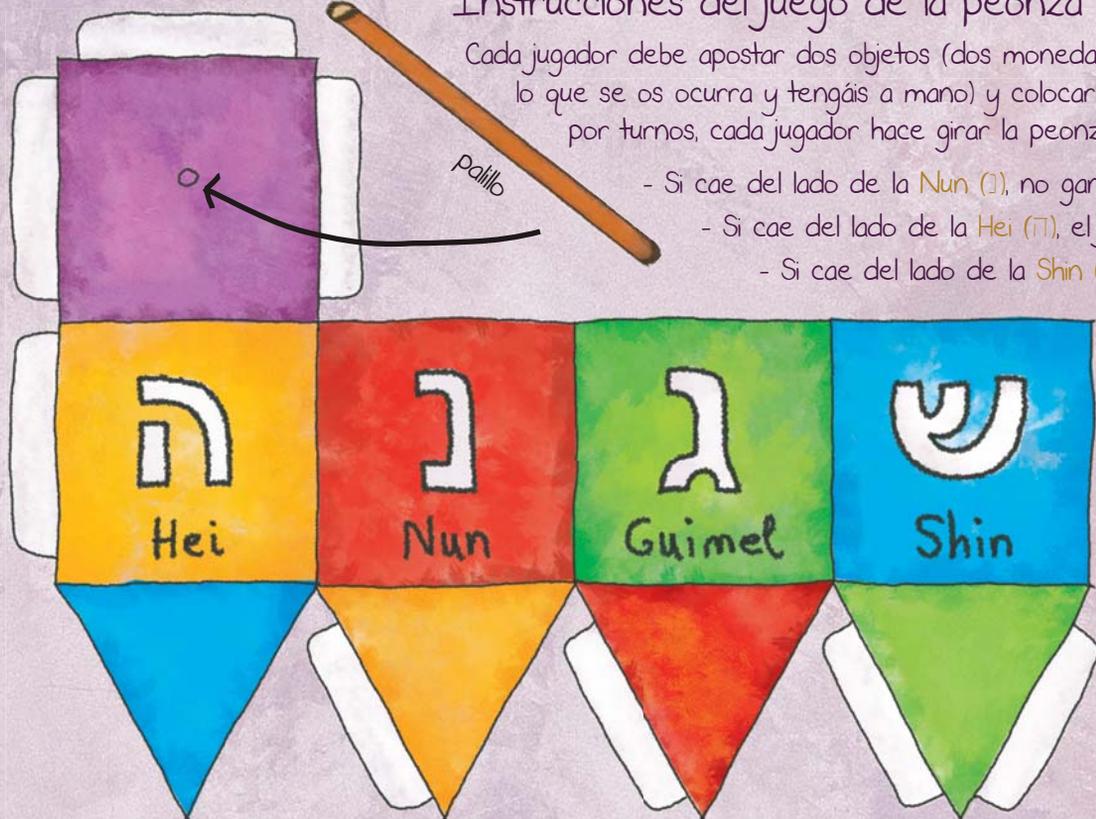


Instrucciones del juego de la peonza

Cada jugador debe apostar dos objetos (dos monedas, dos garbanzos, dos piedras... en fin, lo que se os ocurra y tengáis a mano) y colocarlos en el centro de la mesa. Después, por turnos, cada jugador hace girar la peonza:

- Si cae del lado de la **Nun** (נ), no gana nada de nada.
- Si cae del lado de la **Hei** (ה), el jugador gana la mitad de lo apostado.
- Si cae del lado de la **Shin** (ש), mala suerte, el jugador tendrá que colocar dos objetos más en el centro de la mesa.
- Y, por último, si cae del lado de la **Guimel** (ג), ¡menuda suerte!, en esta ronda el jugador se lleva todo lo que se haya apostado en esta mano.

Antes de empezar una nueva ronda, cada jugador deberá repetir su apuesta y colocar dos objetos en el centro de la mesa. Ganará aquel jugador que se quede con todos los objetos de los demás jugadores.



Aún me quedan montones de cosas por contar sobre la vida en Sefarad pero me parece que deberemos dejarlo para otra ocasión. Me ha encantado recorrer contigo la judería y contarte las curiosidades que en ella ocurren, espero que tú también lo hayas pasado bien. Hasta pronto y...

¡Shalom!